

Al aguador se le hizo fácil llevarme una rama de rosas para despertarme. Me daba con ella en la cara y luego allí me dejaba. El se echaba el primer viaje a las cuatro de la mañana. Apenas si alcanzaba el barandal, se paraba abajo, por el lado donde asomaba la cabeza y colgaba mi pelo, y sentía yo las flores en la cara. Todos los días las cortó y seguro que las quitaba las espinas porque yo no sentía más que frescura. Despertaba yo y adivinaba en el reloj del Palacio que eran las cuatro de la mañana y trataba de verlo a él que se iba para el río entre sus dos burros a llevar sus ollas y luego cuando se me perdió de vista, pues yo todo el día andaba trayendo la rama de rosas.

Con el aguador, pierde Jesusa la oportunidad de reinventarse como mujer; no afloran y toman su cauce natural lo que en esos momentos son obscuras fuerzas instintivas. Esto hace que cuando el padre aparezca nuevamente en escena, la vida de la protagonista vuelva a caer dentro de la dominante órbita paterna. El fracaso sentimental no ha hecho más que acentuar el anhelo de emular al hombre y de participar como tal, activamente, en la historia nacional. Jesusa Palancares cae, como otras soldaderas, en el torbellino de la Revolución. Con fidelidad perruna sigue al padre defendiendo a dentelladas la idealizada imagen. Pero la guerra con su violencia arroja del pedestal al ídolo y deja al desnudo la cruda realidad escondida tras el espejismo de la infancia. Elena Poniatovska, al igual que María Luisa Mendoza, usa la agresiva sexualidad masculina como símbolo de valores culturales condicionadores de normas de conducta:

Allí (confiese la protagonista) me comencé a volver perra. No era que celara a mi papá, sino que yo no le quería. Lo quise mucho de chica, pero ya después de grande se dedicaba a las mujeres, y ¿para qué son semejantes visiones? Dicen que nosotras somos putas, pero ¿a poco los hombres no son putos, siempre con el animal de fuera a ver a quién se lo meten?

Con la Revolución entra Jesusa de lleno en el mundo masculino, mundo desprovisto de matices a la vez que lleno de violencia. Son inútiles sus esfuerzos por adueñarse de dicho mundo o por ser aceptada en él. Al desencanto primero sucede la injusticia. Del padre pasa Jesusa, sin amor, al tiránico dominio del esposo, quien fija ya definitivamente su carácter misógino. La noche de bodas la resume Jesusa lacónicamente:

Pedro me llevó a su casa. Allí me encerró y luego se fue a parrandear: Aquí te quedas me dijo— hata que se te bajen los humos.

Irreconciliables los dos mundos y ausente la afinidad espiritual, las relaciones sexuales se convierten en un servicio estipulado por el contrato matrimonial, parte éste de la mítica masculina:

Yo nunca me quité los pantalones, no más me los bajaba cuando él me ocupaba, pero que dijera yo me voy a acostar como en mi casa, me voy a desvestir porque me voy a cobijar, eso no, tenía que traer los pantalones puestos a la hora que tocaran.

De la vida con Pedro, Jesusa aprende a ver al hombre de cerca y al desnudo. Como buena descendiente de la rica tradición pícaro, termina, después de innumerables hu-

millaciones, por ganarle en su propio juego. Victoria que, lejos de ayudarla, la deformará más, empujándola por la senda de la violencia.

Pedro se volvió más bueno desde que lo balacé. Pero entonces yo fui la que me emperre. De por sí yo desde chica fui mala. Así nací, terrible, pero Pedro no me daba oportunidad. La bendita Revolución me ayudó a desenvolverme... Si yo no fuera mala me hubiera dejado de Pedro hasta que me matara. Pero hubo mi momento en que seguro Dios me dijo: Defiéndete —porque Dios dice: Ayúdate y yo te ayudaré.

Siguiendo la secuencia episódica de la picaresca, Elena Poniatovska cambia el marco ambiental de Jesusa Palancares. A la vida de soldadera sucede la sórdida vida urbana de las trabajadoras de fábricas y talleres. Si la Revolución hembra a la protagonista hasta convertirla en terrible amazona, la ciudad absorbe en su tremendo estómago, la dota de un perfil psicológico monstruoso del que sistemáticamente se tiende a eliminar todo detalle ameno, todo cuanto implique ternura, amor o tenga relación alguna con el mundo tradicional trazado para la mujer:

A mí los hombres no me hacen falta, ni me gustan, más bien me estorban, aunque no estén cerca de mí. ¡Ojalá y no nacieran! Pero esta vecindad está llena de criaturas, gritan tanto que no más me dan ganas de apretarles el pescuezo. Lo malo es que como en todas partes hay niños, no puedo acabar con ellos. Pero ganas no me faltan.

La admiración por el mundo del hombre lleva, pues, una doble contrapartida: por una parte, desprecio por la mujer y por todos los valores a ella adjudicados; por otra, odio al hombre de quien aquélla ha sido víctima. De ahí que Jesusa busque la modorra del vicio y la autodestrucción mediante el alcohol. Al igual que Adelina Anaya, una de las protagonistas de *La memoria de Amadís*, de Luisa Josefina Hernández, Jesusa Palancares se halla más cercana y cómoda con el hombre homosexual que con el macho tradicional. En el esquema general de la novela la homosexualidad aparece como símbolo de un compromiso cultural de un posible cambio de valores en una sociedad estrictamente masculina y patriarcal. En el homosexual Manuel el Robachicos ve Jesusa Palancares la enunciación de la fórmula para la armonía que ella, inconscientemente, ha buscado. En una desgarrada descripción, la autora muestra en forma de esperpéntica danza la interacción histórica del mundo masculino y femenino. El hombre y la mujer no actúan dentro de una espontaneidad, siguen, más bien, normas de conducta para ellos establecidas en el guion, independientemente de su realidad humana. Esta se revelará cuando el telón ponga fin al espectáculo y de lugar a la intimidad personal. Comentando su asociación con el homosexual Manuel el Robachicos, nos cuenta Jesusa:

Hacíamos el baile apache que según entiendo yo en otro país fuera de aquí, es de mujer de calle; una trotona, yo así lo entiendo porque antes de salir al entablado Manuel me daba un monedero. El hombre quiere que la mujer le entregue el dinero y entonces, bailando, bailando, le jala los cabellos, la avienta, la estruja, la apachurra; le da sus cates y queda una toda desgañada llena de moretones. Cuando al fin me tiraba al suelo, era un descanso.

Cuando la representación termina y la imagen del macho y la trotona se desvanece, Manuel y Jesusa, seres desvalidos por igual, solitarios e incompletos, buscan en ropas y disfraces la compañía de sus mundos complementarios. Ambos, hombre y mujer, viven un doble papel: durante la función representan lo exigido por las convenciones sociales. En su soledad viven el papel personal, sentido en propia carne. La autora ha reducido parte de las relaciones hombre-mujer a una caricatura que esclarece una situación mental nacional. Más allá de la escena y de lo que podría interpretarse como anormalidad sexual está el valor simbólico de la misma y la fórmula a la que la novelista parece conducir: la interacción íntima del mundo masculino y femenino; interacción que va más allá del libreto o del guion prefijado. Elena Poniatovska aclara esta problemática, siguiendo el hilo de la novela, cuando describe las tendencias homosexuales de ambos personajes:

Era muy amante de los trapos como nosotras. Bordados de chaquira lentejuela, organdí, tafetán, canutillo y se desabrochaba re bien todo, nunca se le atoraba nada. El polvo, la loción, los chiqueadores... ¿y qué? si eso era su gusto. Yo me visto a veces de hombre y me encanta. No más que yo no puedo traer pantalones; en primer lugar por qué andar haciendo visiones, pero de gustarme, me gusta más ser hombre que mujer. Para todas las mujeres sería mejor ser hombre.

La vida de Jesusa Palancares se desenvuelve en un movimiento pendular que oscila de la admiración por un ideal al odio por la realidad que lo encarna. Odio en el que no establece residencia, pues vuelve al amor por el padre, a reconocer que tal vez hombre y mujer sean víctimas por igual de un guión que, escrito para ser representado en un tiempo y escenario determinados, resulta anacrónico y destructivo en el presente.

Elena Poniatovska termina la novela con la imagen del padre, glorificada ahora a la par de Jesucristo. Abiertamente confiesa la protagonista que el amor al padre ha sido el verdadero torcedor de su vida.

Yo no creo que la gente sea buena, la mera verdad, no. Sólo Jesucristo y no lo conocí, y mi padre, que nunca supe si me quiso o no.

No obstante, queda en pie el dolor y la queja de Sebastiana, queja que abre como pórtico la novela. La autora ha establecido desde un principio la dimensión simbólica del texto y esta dimensión debemos seguir para interpretarlo:

Vengo (dice Sebastiana) muy cansada, muy amolada con mi piel llena de desamparo. Les pido de favor que me curen porque el último parto se me canceró la criatura por dentro y por poco me muero. Ya estoy corrompida de mis entrañas: los médicos ya no creen que pueden salvarme...

Entonces el Señor la miró para que reconociera que en la otra reencarnación había sido hombre y que esas manos eran de todas las mujeres que había infelizado y que ahora clamaban venganza.

Arturo Pérez Pisonero